

Bianca Pitzorno

Escúchame el corazón

Traducción de María-Milagros Rivera Garretas

Ilustraciones de Susana Miranda Morales





Este es un libro que une la realidad y la fantasía. En el sentido de que todas las cosas que en él se cuentan han sucedido de verdad. Pero no todas el mismo año, ni en la misma clase ni a las mismas personas

Soy yo la que las ha remendado para montar una historia que responda, en forma de novela, a la pregunta que me hacen muy a menudo mis jóvenes lectores: "¿Qué pasaba en tu escuela cuando eras pequeña?"

Puede ser que algunos detalles de la historia os parezcan raros. Pero hay que tener en cuenta que han pasado muchos años desde que yo hice la primaria, y la vida de los niños era algo distinta de la de hoy. Para empezar, no había televisión. Además, hacía poco que había terminado la guerra. Los pobres no tenían nada, y tampoco las familias que llaman "acomodadas" tenían todas esas comodidades y objetos útiles e inútiles que hoy llenan nuestras casas. En cambio, precisamente porque los pobres eran tan desesperadamente pobres, las familias acomodadas tenían numerosas muchachas de servicio, doncellas y niñeras.

En el colegio, las clases eran o todas de niños o todas de niñas. A las poquísimas clases "mixtas" se las consideraba experimentos modernos y muy audaces.

Los pupitres eran siempre dobles, y el compañero de mesa era una figura muy importante. Además los pupitres, que eran de madera maciza, tenían una tapa que se podía subir y bajar y que, además de servir para guardar los libros y la cartera, servía para esconder muchos secretos y para armar jaleo cuando se dejaba caer con fuerza.

Todavía no había ni bolígrafos ni rotuladores, y las plumas estilográficas las poseían solo los adultos más bien ricos. El resto de la gente escribía mojando la plumilla en un tintero lleno de tinta. Las plumillas se colocaban en la punta de la pluma y se podían cambiar. Las había de muchas formas: de gota, de campanario, de mano con el dedo índice saliente. Había quien las prefería de un tipo y quien de otro, y también quien prefería tener toda la gama. La tinta se escurría muchas veces al cuaderno y lo manchaba. Para secarla, también en condiciones normales, se usaba papel secante.

El dinero valía mucho más que ahora. Con 20 liras se podía comprar un cuaderno, con 100 un estuche completo de lápices de colores con una pluma.

En la escuela primaria, los niños y las niñas llevaban un delantal que les llegaba hasta las rodillas y tapaba por completo la ropa. Los niños y los chicos llevaban pantalones cortos, también en los meses más fríos del invierno.

La preparación del alumnado se evaluaba desde el primer curso de primaria, pero no con informes sino con una serie de notas que iban del cero al diez. El seis era justo justo un suficiente. Por debajo del seis había una vasta gama de ignominia. Pero también los mejores alumnos podían tener la desgracia de sacar un tres o un cuatro. Si la maestra consideraba que unos deberes o una pregunta en clase eran un desastre, no se limitaba a poner un cero. Ponía "un cero mondo y lirondo". De la misma manera que los mejores resultados merecían un "diez y matrícula de honor".

Todas las escuelas primarias públicas tenían su Patronato Escolar, una especie de organización de beneficencia estatal que regalaba zapatos, libros, cuadernos, lápices y reconstituyentes a los niños más pobres, y que les organizaba una Refección, o sea una comida gratis que tomaban en un local de la escuela.

Para los más mayores no había todavía una escuela secundaria unificada. Al acabar la primaria, los alumnos más pobres solían dejar de estudiar, porque el título de primaria era el nivel mínimo de estudio requerido por la ley.

Como en teoría no estaba permitido trabajar antes de los catorce años, algunos niños pobres se matriculaban en las escuelas de artes y oficios, que preparaban para algunos oficios humildes y mal pagados que se podían ejercer al cumplir los catorce años.

Los niños que, de mayores, harían el bachillerato superior e irían a la universidad, se matriculaban en el bachillerato elemental cuando terminaban la primaria.

Los juguetes eran mucho más sencillos que los de ahora, y solo algunos eran anunciados orgullosamente por su fabricante como "irrompibles", sobre todo porque todavía no habían sido inventados ni el plástico ni los demás materiales sintéticos.

Tampoco había pañales desechables para los niños pequeños. No existían los supermercados ni los grandes almacenes ni las hamburguesas ni la Coca-Cola.

En cambio, había más cines y, en las ciudades pequeñas de provincias, los niños podían ir a la sesión de la tarde sin que les acompañara una persona mayor, con tal de que fueran dos o tres.

Pero lo que daba sabor a la vida, lo que proporcionaba felicidad o desesperación, rabia o entusiasmo, no eran los bienes materiales, los objetos, las diversiones, las comodidades o su ausencia.

Lo más importante, entonces como ahora, eran las relaciones entre las personas. En el caso de los niños, las relaciones con sus coetáneos y, también, con el mundo a menudo incomprensible de los adultos.

Por este motivo, en las páginas que siguen encontraréis una cantidad muy alta de personajes, cada uno de los cuales es importantísimo en la vida de las tres protagonistas.

LA AUTORA

Como muchos de los episodios que vais a leer proceden de mis recuerdos personales, me parece justo dedicarles este libro a las personas que fueron importantes en mi infancia y a las que, después, me ayudaron a crecer. Son tantas como los personajes de esta historia (y no las nombro a todas).

Empezaré por mis tíos preferidos:

ETTORE, NINO, PEPPINO, PINO y STEFANO, ejemplares cariñosísimos de una raza en vías de extinción;

a MARISA CAREDDU, que estuvo valientemente a mi lado en los años de lucha contra la Harpía;

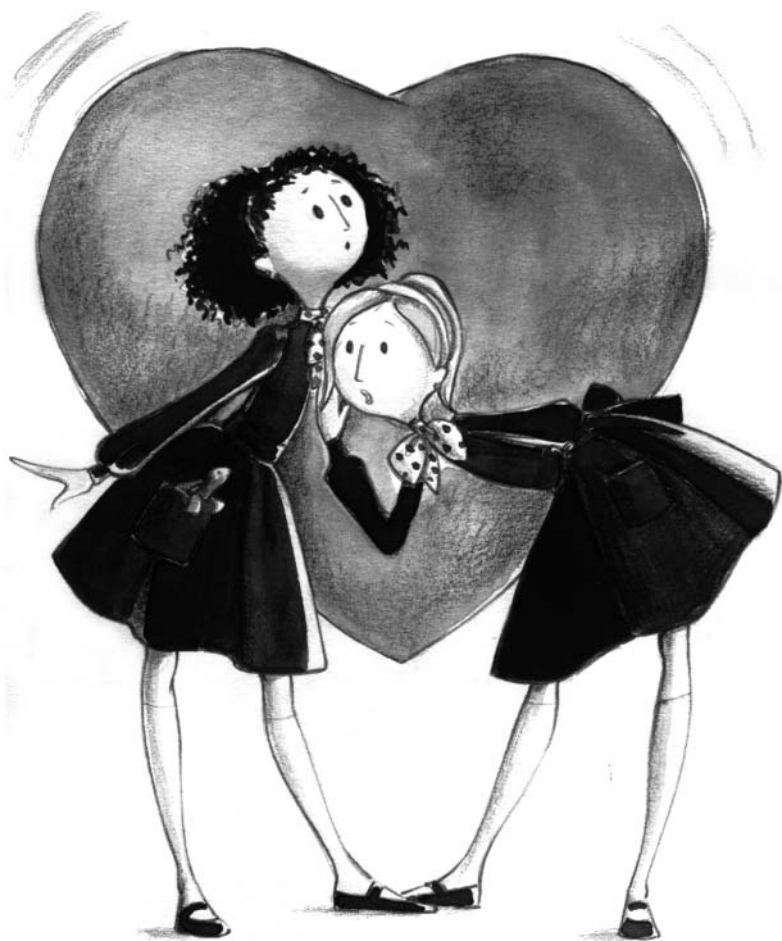
a sus tres hermosas hijas, SILVIA, SARA y SIBILLA, que han oído contar estas historias miles de veces;

a CHIARA COLLINI, ella sabe por qué;

a los maestros “buenos” que me han reconciliado con la escuela: MARCELLA NIGRA, MARGHERITA SECCHI, MANLIO BRIGAGLIA y GIUSEPPE BUDRONI

y, para acabar, al Maestro de los Maestros, ANTONIO FAETI.

Septiembre



En el que conocemos a Prisca, una de las tres heroínas de esta historia. Y a su tortuga

Cuando era pequeña, Prisca se había negado siempre a aprender a nadar con la cabeza dentro del agua, como pretendían su padre y su abuelo. Estaba convencida de que el mar podía entrarle en el cerebro por los agujeros de los oídos. Y, como es sabido, un cerebro lleno de agua funciona mal. ¿No le preguntaba acaso el abuelo, impaciente, cuando ella no captaba algo al instante: —pero se te ha subido la sopa a la cabeza?

Por lo mismo, Prisca se negaba rotundamente a zambullirse en el agua desde la barca o desde el muelle, como hacían su hermano Gabriel y los demás niños. Y, claro, había siempre algún pesado que, mientras ella nadaba tranquila con la barbilla en alto, se le acercaba por detrás sin hacer ruido, le ponía la mano en la cabeza y se la hundía.

¡Lo que había llorado! De miedo pero, sobre todo, de rabia impotente. Porque, encima, cuando iba a la sombrilla a quejarse a su madre, ella, en vez de defenderla y consolarla, le reñía: —No tienes sentido del humor. Eres demasiado quisquillosa. Al fin y al cabo ¿qué te han hecho? Te vas a convertir en el hazmerreír de la playa.

Luego había crecido y se había dado cuenta de que el agua no puede entrar nunca en el cerebro. Ni por los oídos ni por ninguno de los orificios que tenemos en la cara. Se lo había enseñado, mostrándole incluso un dibujo científico de un libro de medicina, el doctor Maffei, tío de su amiga Elisa. —Por la boca o por la nariz, el agua podría, si acaso, entrarte en los pulmones, o en el estómago —le había enseñado— pero jamás en el cerebro. —Era una idea tranquilizadora.

Por eso, ahora, que tenía nueve años, Prisca se zambullía con la boca cerrada, apretándose la nariz con dos dedos, y había aprendido a nadar con la cabeza medio sumergida. También sabía hacer “el muerto” a la perfección, completamente sumergida: no solo los oídos, sino incluso los ojos, abiertos, a pesar de que escocían un poco. Quedaba fuera solo la nariz, apenas un milímetro por encima del borde del agua.

Esto lo había aprendido de Dinosauria, la cual, por ser una tortuga terrestre (nombre científico: *Testudo graeca*), no tenía branquias sino pulmones y, por tanto, tenía necesariamente que respirar aire. Era una tortuga terrestre, pero cuando Prisca la llevaba a la playa y la ponía debajo de la sombrilla, Dinosauria le seguía hasta el agua y se ponía a flotar junto a la orilla, con el caparazón amarillo y marrón totalmente sumergido y con solo las narices fuera, meneando imperceptiblemente las patas. Claro que no hacía “el muerto”. Todo el mundo sabe que las tortugas aborrecen estar panza arriba y que si ocurre que te encuentras una en esta postura hay que hacerle inmediatamente el favor de darle la vuelta para que pueda andar. Una vez que Dinosauria se estaba bañando de esa manera, la corriente se la llevó hacia adentro, lejísimos, hasta que desapareció. Prisca no paró de llorar porque creía que la había perdido para siempre.

Pero al día siguiente, a las siete de la mañana, un guardia llamó al timbre de casa Puntoni. Traía a Dinosauria a casa, e Inés, que había ido a abrir, contó que el chico no sabía si reír o si enfadarse, porque a la tortuga, por el miedo que le daba que la sacudieran manos extrañas, le había dado un ataque de diarrea y le había hecho una gran caca verdiblanca en el pantalón del uniforme. A las tortugas les pasa siempre eso cuando se emocionan: Prisca y Elisa lo habían experimentado a su costa.

El guardia se había enterado de dónde estaba la casa de Dinosauria por la placa, y por lo mismo había sido salvada la tortuga de las aguas y no había ido a parar a España.

Hacia las cinco de la madrugada, la guardia civil estaba buscando contrabandistas mar adentro en su lancha motora. Vieron a la tortuga en el agua nadando para conseguir acercarse a la orilla, pero la corriente la arrastraba hacia atrás, hacia el mar abierto. Se dieron cuenta enseguida de que no se trataba de una tortuga cualquiera porque llevaba placa como los automóviles y, llenos de curiosidad, la rescataron con la redcilla de pescar.



Lo de la placa había sido una idea brillante de Inés, la doncella más joven de casa Puntoni. Inés se había dado cuenta de que allí en la playa, como el apartamento que alquilaban todos los años era una planta baja, Dinosauria se dedicaba a salir a dar una vuelta por las calles del pueblo, con el riesgo de que alguien, creyendo que era una tortuga salvaje, la cogiera y se la llevara.

Por eso, Inés había cogido un esparadrapo rosa, de la clase más resistente, había recortado un rectángulo y se lo había aplicado en la parte posterior del caparazón. Antes, había escrito "Dinosauria Puntoni. Paseo Marítimo Cristóbal Colón, 19. Al lado del bar Gino". Lo había escrito con el lápiz de hacer copias, apretando fuerte. —Así, aunque se moje no se borrará —había dicho. Prisca estaba impresionadísima por el sentido práctico de Inés.

En cambio, su mamá y Gabriel se habían reído a carcajadas y las habían tomado por tontas. —¡Una tortuga matriculada como un coche! ¡¿A quién se le ocurre semejante estupidez?!

Y sin embargo, precisamente gracias a la placa había sabido el guardia que Dinosauria formaba parte de la familia Puntoni y la había devuelto a casa. Claro que también había aprovechado para cortejar a Inés, que no le había hecho caso, porque no le gustaban los hombres con uniforme. —Me da siempre la sensación de que vienen a detenerme —le había confiado a Prisca. Inés había nacido en un pueblo de montaña del interior, cuyos habitantes, aunque no hicieran nada de malo, no conseguían congraciarse con "la Justicia", como le llamaban allí a la guardia civil.

Ahora Dinosauria estaba en la ciudad. Tenía un precioso terrario construido para ella por Prisca y Elisa, supervisadas por Gabriel, pero en cuanto podía entraba en casa, iba al cuarto de su amita y se escondía debajo de la cama. Cuando Antonia, la muchacha más mayor, entraba para hacer la limpieza y, como de costumbre, llevaba sus viejas zapatillas sin talón, Dinosauria salía de su escondite a una velocidad insólita para una tortuga y la agarraba por los tendones del talón de un pie. Apretaba bien y no soltaba su presa hasta que Antonia, gritando de susto y de dolor, se la arrancaba del tobillo y la estampaba contra la pared del otro lado del cuarto. Dinosauria serpenteaba como

una bola de billar, pero no se asustaba, y la vez siguiente no perdía la ocasión de tender a la criada la misma emboscada. Las dos se odiaban a muerte y Prisca no conseguía saber por qué.